



EL S. NOMBRE DE JESUS.

intencion pura, y con motivo cristiano, y nunca la leerás sin provecho. Acuérdate que es aquel mismo grano, que si cae en buena tierra, da ciento por uno; si cae junto al camino, le pisan los pasajeros, y le comen las aves; si cae en terreno pedregoso, se seca, y se esteriliza; si cae entre espinas, se sofoca. El mismo Jesucristo fué quien esplicó de esta manera esta parábola, para enseñarnos que su divina palabra de suyo siempre tiene mucha virtud, y que el fruto de este grano celestial depende de la disposicion con que se recibe.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

SAN HILARIO, obispo de Poitiers, confesor, que fué á gozar de Dios el día 13 de este mes. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN FELIX, presbítero, en Nola de Campania, el cual, segun escribe S. Paulino obispo, despues de varios tormentos por los perseguidores de la fe, fué puesto en una cruel prision, y atado le tendieron sobre unas conchas y pedazos de ollas quebradas; un ángel le desató de noche, y le sacó de la prision: despues cesando la persecucion convirtió á muchos á la fe católica con su ejemplo y doctrina; y esclarecido en milagros murió santamente.

EL SANTO PROFETA MALACHÍAS, en la Judea.

LOS SANTOS TREINTA Y OCHO MONGES, en el monte Sina, muertos por los Sarracenos por causa de la fe católica.

CUARENTA Y TRES SANTOS MONGES, en Raita, region de Egipto, que por causa de la religion cristiana fueron muertos por los Blemios.

SAN DACIO, obispo y confesor, en Milan, de quien hace mencion san Gregorio Papa.

SAN EUFRASIO, obispo, en Africa. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN JULIAN SABAS, el viejo, en Siria, quien en tiempo del emperador Valente con su virtud y milagros restableció la fe católica en Antioquia, en cuyo pais estaba casi abolida.

SANTA MACRINA, en Neocesarea del Ponto, discipula de S. Gregorio Taumaturgo, y abuela de S. Basilio, á quien enseñó la doctrina cristiana.

LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO Y DULCE NOMBRE DE JESUS.

ADVERTENCIA.—Esta festividad se celebra constantemente el domingo segundo despues de la Epifanía ó de los Reyes.

AUNQUE en el misterio de la Circuncision se comprende la solemnidad del dulcísimo nombre de Jesus, la Iglesia ha concedido á muchas religiones, y á no pocas iglesias particulares,



que puedan celebrar fiesta singular de este santísimo nombre el día siguiente á la octava de la Epifanía, que corresponde al día 14 de enero.

La veneracion que todos los fieles profesan á un nombre, que segun el Apóstol debe siempre ser pronunciado con el mas profundo respeto, pide como de justicia este culto. Hasta los mismos Ingleses, que despues de su lastimoso cisma abolieron la mayor parte de las fiestas de la Iglesia Romana, conservan aun el día de hoy en su calendario la del dulcísimo nombre de Jesus.

Nombre verdaderamente divino, que solo Dios pudo imponer al Salvador del mundo. Nombre venerable, que hace doblar la rodilla, y humillarse á toda la grandeza de la tierra. Nombre sacrosanto, que estremece al infierno, y pone en fuga á los demonios. Nombre omnipotente, en cuya virtud se han obrado los mayores, y muy auténticos milagros. Nombre salutífero, de quien reciben, por decirlo así, toda su eficacia los Sacramentos de la nueva ley. Nombre, que todo lo puede con Dios, pues solo por su respeto oye benigno, y despacha benéfico nuestras oraciones. Nombre glorioso, conducido por el celo de los Apóstoles á todos los gentiles, á todos los Reyes de la tierra. Nombre agosto, por cuya confesion los santos Mártires se gloriaron, y se complacieron en sufrir los mas crueles tormentos. Nombre, en fin, incomparable, pues no hay otro debajo del cielo, en cuya virtud podamos ser salvos: *Nec enim aliud nomen est sub caelo, in quo nos oporteat salvos fieri.*

«Con razon, dice S. Bernardo, se llama el dulcísimo nombre «de Jesus *óleo saludable*, porque verdaderamente es óleo que «alumbra cuando la caridad le enciende; óleo que nutre cuando «el corazón le gusta; óleo que sana cuando la devocion le aplica. «Todo alimento del alma, que no esté empapado en ese óleo es «seco; toda comida espiritual, que carezca de este condimento, es «insípida.

«No hallo gusto en los libros, si no encuentro en ellos el «nombre de Jesus. Me fastidian las conversaciones, si el nom- «bre de Jesus no se repite en ellas con frecuencia. Este nombre «es miel para mi boca. No hay sonido mas armonioso á mis «oidos; ¿ni qué cosa puede haber mas dulce para el corazón?

«¿Estás triste? Pues traslada el nombre de Jesus desde el «corazón á los labios, y verás que presto las nubes se disipan, «vuelve la serenidad, y se descubre el bello día. ¿Te inducen á «desesperacion los remordimientos de tu conciencia, y te estre- «mece la espantosa vista de tus enormes pecados? Ea, pro-

«nuncia el dulcísimo nombre de Jesus, y verás como revive «la confianza, y el tentador se pone en vergonzosa fuga. A «solo el nombre de Jesus se desarma todo el infierno junto. El «es el que hace derramar en la oracion lágrimas tan dulces. El es «el que infunde tanto aliento en los mayores peligros.

«¿Quién invocó jamás este adorable nombre que no fuese pron- «tamente socorrido? ¿Quién se vió nunca combatido de las pasio- «nes mas violentas, ó atacado de sus mas furiosos enemigos, que «invocando este dulcísimo nombre, no hubiese conseguido una «completa victoria?

«Nombre de valor en los combates; nombre de luz en los peli- «gros; nombre de consuelo en los trabajos; nombre de salud á la «hora de la muerte para todos los que le tienen grabado en el co- «razón.»

¿Qué veneracion tuvieron los Santos á este agosto nombre! S. Ignacio mártir decia de sí mismo que le llevaba impreso en el alma. S. Bernardo no acertaba á hablar de otra cosa en sus conversaciones, y era esta la materia mas frecuente de sus elogios. A S. Ignacio, fundador de la Compañía, le pareció no podia dejar á sus hijos otro nombre que les hiciese concebir mas alta idea de la sublime perfeccion en que los empeñaba su estado, y su sagrado ministerio, que el de distinguirse con el nombre de *Compañía de Jesus*. Por eso esta religion celebra el día de hoy la fiesta de este dulcísimo nombre, así como lo hacen tambien otras Iglesias, y familias religiosas, y en la misma conformidad que lo practica toda la Iglesia de España.

¿Qué nombre mas respetable á los ángeles, mas formidable al infierno, mas venerable á los hombres, que el sagrado nombre de Jesus? El es nombre agosto, dicen los Padres de la Iglesia; porque no hay cosa mas gloriosa para Dios que ser Salvador de los hombres, y aun por eso compró este nombre á tanta costa, haciendo aun mucho mas de lo que bastaba para merecer esta gloria. El es un nombre que inspira alegría y confianza; porque al mismo paso que es un soberano remedio para todas las calamidades de esta vida, es tambien una hermosa prenda de la felicidad eterna.

¿Qué significa el nombre de Jesus, dice S. Agustin, sino Salvador? Pues sálvame tú, ó buen Jesus, aunque no sea mas que por corresponder á lo que me promete tu nombre: *Quid est Jesus, nisi Salvator? Ergo Jesu, propter temetipsum salva me: fac mihi secundum nomen tuum.* El sagrado nombre de Jesus, añade el mismo Santo, es nombre delicioso, nombre dulce, nombre que inspira una amorosa confianza, nombre que asegura, y



que alienta al pecador : *Jesus est nomen dulce , nomen delectabile , nomen confortans peccatorem , et nomen bonæ spei .* ¡O buen Dios! (esclama el mismo Padre) si yo por mi desgracia perdi el derecho de salvarme , tú por tu misericordia conservas el título para no perderme : *O bone Domine ! Si admissi unde me damnare potes , tu non amisisti unde salvare soles .* En su mismo nombre , dice S. Gregorio Niseno , lleva consigo Jesucristo la prenda mas segura de su misericordia : *Misericordiæ pignus nomine portat .* El nombre de Jesus , dice S. Juan Crisóstomo , es un nombre donde están contenidos todos los bienes : *Nomen continens omne bonum .* Nombre , añade Origenes , que acredita la omnipotencia del que se distingue con él : *Nomen Jesu , nomen omnipotentis .* Bendito sea para siempre este sagrado nombre que aplaca la ira de Dios , nos libra de su maldición , y atemoriza á los mismos demonios : *Hoc nomen Domini sit benedictum in sæcula , quod iram averit , quod maledictum abstulit , quod dæmones terruit .* Hombres mortales , dice S. Ambrosio , en este santo nombre teneis con que calmar vuestra turbacion , con que remediar vuestros males , con que socorrer vuestras necesidades , con que alentar vuestra fe , con que encender vuestra caridad , con que alimentar vuestra esperanza . Si temeis la muerte , él es la vida : si mirais al cielo , él es el camino : si os abrasa el ardor de la calentura , él es la salud : si teneis hambre , él es sustento : si os oprime el trabajo , él es descanso : si combatís generosamente , él es corona . No , dice S. Bernardo , no es este , dulce Jesus mio , un nombre vacío , un nombre aéreo , una vana sombra de nombre como el de otros que le han precedido : es nombre que da todo el lleno á su significado : *Non enim ad instar priorum meus iste Jesus nomen vacuum , aut inane portat : non est in eo magni nominis umbra , sed veritas .* Este sagrado nombre , añade en otra parte , le trajo el Angel , pero no le impuso ; porque siendo Salvador por su misma naturaleza , desde la eternidad tenia tambien este nombre . Es pues nombre innato ; no impuesto por algun hombre ni por algun Angel : *Vocatum est nomen ejus : vocatum plane , non impositum : nempe hoc ei nomen ab æterno ; à natura propria habet ut Salvator sit . Innatum est ei hoc nomen , non inditum ab humana , Angelicave creatura .* En fin , no hay remedio mas eficaz para abatir la inflamacion del orgullo , para extinguir el incendio de la lascivia , para mitigar la sed de la codicia , que invocar el dulce nombre de Jesus , que tenerle incesantemente en la boca , y conservarle grabado en el corazon : *Nihil ita iræ impetum cohibet , superbiæ tumorem sanat , extinguit libidinis flammam ,*



*situm temperat avaritiæ, quàm invocatio nominis Jesu.* (Serm. 2. de Circumcis.)

Por lo mucho que vos os humillasteis, esclama un gran siervo de Dios, por lo mucho que padecisteis, ó divino Salvador mio, vuestro Padre celestial os dió un nombre superior á todo nombre. Quiso que os llamaseis Jesus, y que al eco de este nombre todos doblen la rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos. ¡O Espiritu Divino, sin cuya asistencia nadie puede decir, Señor Jesus, elevad mis sentidos, animad las potencias de mi alma, dadme á penetrar el misterio de este gran nombre, haced que yo guste su dulzura, que le pronuncie con frecuencia, que nunca le pronuncie sin amor, que siempre le pronuncie con confianza y con respeto, y que reciba siempre los efectos de la gracia, que puede y debe producir en mí! Toda vuestra vida quisisteis llevar este santo nombre, amable Jesus mio: en vuestra muerte quisisteis, que públicamente se fijase sobre vuestra divina cabeza; y cuando estais sentado en el cielo á la diestra de vuestro Padre celestial, os gloriáis de llamaros con este nombre, y de decir, como dijisteis á vuestro Apóstol: *Ego sum Jesus*: Yo soy Jesus. Si es tanta gloria para vos el ser Salvador mio; ¿qué gloria será para mí el que Vos os glorieis de serlo? Haced, Señor, que yo desee tan ardientemente salvarme, como deseais vos ser mi Salvador efectivamente. Haced que yo desee con tanta ansia veros y amaros en el cielo, como deseais vos verme y coronarme en él. Hasta aquí he deseado que vos fueseis Salvador mio, á fin de conseguir la salvacion eterna, que vos me habeis merecido: de hoy en adelante deseo esta misma salvacion, solo porque vos tengais la gloria de haberme salvado: y así, Dios mio, yo la deseo, y yo os la pido por vos y por mí. *A solis ortu usque ad occasum laudabile nomen Domini.* Si, mi Dios, vuestro santísimo nombre merece ser alabado por todas las criaturas que hay desde el Oriente hasta el Ocaso. Por siempre sea bendito este nombre adorable, ahora y en los siglos de los siglos: *Sit nomen Domini benedictum ex hoc nunc, et usque in sæculum.*

SAN HILARIO, OBISPO Y CONFESOR.

SAN Hilario, uno de los mayores ornamentos del orden episcopal, uno de los mas brillantes astros de la Iglesia Galicana, á quien S. Jerónimo, y S. Agustin apellidan al gloriosísimo defensor de la fe, y el doctor insigne de la Iglesia. Este hombre, verdaderamente grande, nació en Poitiers hácia el fin



S. HILARIO O. Y C.



del tercer siglo, ó al principio del cuarto: Su casa era de las mas distinguidas, aunque tenia la desgracia de estar envuelta en las tinieblas del gentilismo, en el cual fué tambien criado Hilario. Su educacion, no obstante haber sido pagana, fué correspondiente á un niño de distincion: aplicáronle con tiempo al estudio de las ciencias profanas; y el niño Hilario hizo tan rápidos progresos así en las bellas letras, como en la filosofía, que desde luego se persuadieron todos á que habia de ser con el tiempo uno de los sabios mas eminentes de su siglo. Con efecto lo fué; pero no debió la eminencia de su sabiduría á las ciencias profanas.

Tenia Hilario un juicio demasiadamente sólido, y una comprension demasiadamente perspicaz, y penetrativa, para vivir pagado y satisfecho de las supersticiones, y ridiculeces del gentilismo. Bastaríale su sola razon natural con las luces de la filosofía para conocer los groseros errores, y los enormes absurdos de la idolatría: pero aunque el entendimiento puede descubrirlos con la luz de la razon, con todo eso la conversion del corazón siempre es obra de la gracia. Comenzó ésta insensiblemente á iluminarle el espíritu, y á correr el velo á la ridiculez, y á la impiedad de todas aquellas divinidades quiméricas, que entretenian, y engañaban miserablemente al pueblo. Al resplandor de esta divina luz conoció muy presto Hilario, que habia un Ser supremo, soberano y eterno, principio y fin de todos los entes criados, quien únicamente podia hacer la suma felicidad y suma bienaventuranza del hombre. Hallábase todo embebido en estas reflexiones cuando por especial disposicion de la divina Providencia le vinieron á las manos los libros de Moisés y Profetas. Leyólos con ansia y con gusto; pero la leccion del Evangelio acabó de descubrir la verdad, y la santidad de nuestra Religion; y el Padre de las misericordias, que queria hacer de Hilario otro vaso de eleccion, le inspiró el deseo eficaz de abrazarla y de seguirla.

Iluminado con estas vivas luces, renunció sin dificultad el paganismo mas filosófico que gentilico que habia profesado, porque nunca fué capaz de incurrir en los absurdos de los paganos; y desde que rayó en él la luz de la razon, conoció que no se hallaba la verdad en el partido de la idolatría. Recibió el bautismo con un gozo inexplicable, como él mismo lo asegura. Y fué tan abundante la gracia de esta regeneracion, que desde el principio se sintió tan lleno del espíritu de Dios, como los cristianos mas perfectos. Desde luego miró con tedio y con horror todo lo que habia aprendido en los libros de los paganos. No

hallaba gusto sino en el estudio de los sagrados: cualquiera otra lectura le parecia insípida y fastidiosa. Como el Señor le destinaba para que fuese una de las mas grandes lumbreras de la Iglesia, le dió una inteligencia tan clara de la Sagrada Escritura, y de las verdades mas sublimes de la religion, que apenas recibió las aguas del bautismo, comenzó á portarse, no ya como neófito, sino como maestro consumado en la fe, y como padre de la Iglesia de Jesucristo. Era todavía secular, y parecia poseer con anticipacion la gracia del sacerdocio, como se esplica Fortunato.

A la especulacion de la teología dogmática añadió la práctica del moral cristiano. Su devocion era la mas tierna, su porte el mas ejemplar. Estaba casado con una dama de singular mérito, que siguiendo en todo las piadosas inclinaciones de su virtuoso marido, servia de ejemplo y de modelo á todas las de su sexo, y de su estado. Tenian por fruto de este matrimonio á una hija, llamada Abra, la cual se supo aprovechar tan bien de los ejemplos domésticos que tenia siempre á la vista, y de la cristiana educacion de sus padres, que mereció ser honrada como Santa; y como tal celebra su fiesta la iglesia de Poitiers.

Creciendo cada dia mas la virtud de nuestro Santo, convino su mujer en vivir de allí adelante como si fueran hermanos. No se hablaba de otra cosa en toda la provincia que de la pureza de sus costumbres, admirando todos la modestia, el celo, y la caridad de S. Hilario. En fin, su raro mérito, y su extraordinaria piedad le granjearon tanta estimacion, no sólo del pueblo, sino tambien del clero, que habiendo muerto el obispo de Poitiers, todos los fieles de aquella iglesia pusieron los ojos en él; y sin dar oidos ni á su repugnancia, ni á su humildad, le escogieron de consentimiento universal por su pastor y maestro. Separado de su mujer con reciproco consentimiento, se vió precisado á consentir en su eleccion, y fué consagrado obispo.

No ignoraba Hilario los formidables cargos del estado episcopal; pero lleno de confianza en aquel Señor, que se los habia echado á cuestras, esperando de su piedad todas las luces y fuerzas necesarias para cumplir fielmente con su ministerio, se aplicó á conservar el sagrado depósito de la fe que se le habia confiado, y á defender su pureza contra la corrupcion de las herejías. Habia penetrado el arrianismo hasta las Galias, despues de haber desolado toda la Iglesia de Oriente. Engañado el Emperador Constantio, hijo del gran Constantino, de los artificios de su mujer, princesa arriana, se declaró protector del arrianismo con tanto empeño, que por defenderle persiguió á la Iglesia



cruelmente, desterró á los prelados mas celosos y ejemplares; y en fin fué azote de los católicos. Encendido S. Hilario en un celo ardiente y generoso por la fe de Jesucristo, no contento con mantener á sus ovejas, apacentándolas con el saludable pasto de la divina palabra por medio de sus continuos sermones, no cesaba de declararse contra el error; y era ya tenido por uno de los enemigos mas formidables del arrianismo. La mayor parte de los prelados de las Galias celebró, y se declaró á favor de su generosidad. Miráronle no solo como á hermano, sino como á caudillo del partido católico; y unidos con él obraron de concierto en defensa de la fe, y en prevenir antidotos en los pueblos contra el veneno de la herejía. Pero turbó esta santa liga de los Pastores Saturnino, obispo de Arlés, gran fautor del arrianismo, hombre de ingenio travieso, y de costumbres estragadas. Orgulloso con el favor que le hacia el Emperador arriano, comenzó á ejercitar una especie de tiranía con los demás obispos, hermanos suyos: valióse de amenazas y de violencias para atraerlos á su parcialidad, y armó contra los que no se dejaban persuadir de sus artificios el poder de los magistrados, y de los ministros del Emperador, que por la mayor parte estaban inficionados del arrianismo como él. Diósele poco á S. Hilario del crédito de Saturnino; y viendo que no perdonaba medio alguno para intimidar á los católicos, se separó de su comunión, y de la de todos sus parciales, con los otros prelados católicos de las Galias. Quiso despicarse Saturnino de este que reputaba desaire de su dignidad y de su carácter. Ligóse con algunos obispos herejes, y protegido con la autoridad del Emperador, convocó un concilio en Beziers, en el cual se cree que él mismo presidió, y llamó á él á S. Hilario, con otros muchos prelados católicos de la provincia.

Concurrió al concilio nuestro Santo, y animado con aquel ardiente generoso celo, que hace siempre el carácter de los verdaderos prelados, se declaró intrépidamente por delator de los obispos arrianos, denunciándolos ante los católicos. Obligóse á probar su impiedad, á convencer sus errores, á producir testigos de sus herejías, y á descubrir la malignidad de su secta. Demostró que se corrompia el Evangelio, que se arruinaba la fe, y que á la sombra de una falsa y engañosa confesion de Jesucristo se introducía en la Iglesia la mas horrible blasfemia. Mas la violencia, que reinaba en una junta, gobernada por los enemigos de la fe católica, no le permitió libertad para representar todos estos puntos con la claridad, con la estension, y con el método que requeria la materia. Quanto mas insistía en

que le prestasen atencion, mas se empeñaban en negársela los enemigos de la verdad. Temian verse confundidos, y echaron por el atajo de no escucharle. Hallándose árbitros del poder en aquel conciliábulo Saturnino, y los demás obispos arrianos, depusieron á nuestro Santo; y abusando del crédito que tenían con el emperador Constancio, que á la sazón se hallaba en Milan, dispusieron que fuese desterrado á Frigia, en compañía de Rhodano, obispo de Tolosa.

Recibió Hilario la sentencia, ó el orden del Emperador con un gozo muy parecido al que sentian los Apóstoles y los Mártires cuando se les ofrecía ocasion de padecer en defensa de la causa de Jesucristo. Triunfante y orgulloso Saturnino, viendo desterrado el azote de los herejes, creyó que no se atreverian á tratarle como tal los demás obispos católicos de las Galias, intimidados por este destierro; pero le engañó su vanidad. No hubo siquiera uno de aquellos generosos prelados que quisiese admitirle en su comunión, permaneciendo constantes en la fe y en la comunión de S. Hilario. Partió éste sin dilacion á su destierro, y allí le tenia prevenidos la providencia nuevos triunfos.

Animado con la confianza de la causa que defendía, escribió al Emperador una carta muy respetuosa, y muy atenta, justificándose plenamente de las negras calumnias que sus enemigos le imputaban. Escribió tambien otra, pero mucho mas eficaz y mas enérgica, á los obispos de las Galias, con quienes conservó siempre una correspondencia tan seguida y tan estrecha, como si estuviera en medio de ellos. Con sus cartas desarmó el artificio de los Arrianos, y fueron de gran socorro á los obispos, que no tenían tanto celo, ni eran tan generosos como Hilario.

Apenas llegó al lugar de su destierro, cuando se sintió penetrado de un vivísimo dolor al ver el lastimoso estado en que se hallaban las iglesias de toda el Asia. Ni las de Frigia, ni las otras de las provincias comarcanas tenían apenas mas que el nombre de iglesias de Jesucristo. Solo habian quedado en ellas unas débiles señales, unas imperceptibles reliquias de la religion católica. No se oían mas que escándalos, cismas, perfidias, nuevos errores que brotaban y se multiplicaban cada dia. Protegido el arrianismo con todo el poder del Emperador, de tal manera habia desolado la viña del Señor, que asegura nuestro Santo no haber encontrado mas que tres obispos, que no fuesen total y descubiertamente arrianos: los demás vivian tan lastimosamente descaminados, que Dios apenas era conocido por los prelados de las diez provincias de Asia, como él mismo se esplica, y se lamenta.



En este teatro, pues, fué donde mas brilló, y mas gloriosos frutos produjo la sabiduria, el celo y la prudencia de Hilario. Animado siempre con el espíritu de Jesucristo, combatió á los enemigos de la fe con un ardor tan vigoroso, y al mismo tiempo tan prudente, que no pudieron cogerle prenda. Conociendo el genio falaz y artificioso de los herejes en sus diversas confesiones de fe, á cual mas capciosa, volvió á tomar la pluma en defensa de la causa del Hijo de Dios, y esponiendo á los ojos de todo el mundo el veneno del error, ilustró con tanta claridad todos los puntos controvertidos, hizo tan patente la verdad de la fe católica, y lo hizo de una manera tan plausible, que debiera espirar el monstruo de la herejía, si el genio de esta hidra fuera reducible. Compuso por el mismo tiempo otras varias escelentes obras, y entre ellas el admirable tratado *de los Sinodos*; y trabajó tan gloriosamente en servicio de la Iglesia, que pudiera parecer no haber sido enviado á un pais tan remoto mas que para establecer el reino de Jesucristo, y resucitar la religion verdadera.

Celebrábanse por entonces dos famosos concilios en el imperio con la autoridad del Emperador, en los cuales la multitud, y la variedad de las confesiones de fe, que presentaron los Arrianos, destruía la augusta simplicidad, y unidad de la religion cristiana, como lo notó juiciosamente un gentil. Estaba convocado el primer concilio en Rimini, ciudad de Italia, para los obispos de Occidente: el segundo en Seleucia de Isauria para los del Oriente; ambós enemigos de la verdad católica. Como el orden del Emperador para que concurriesen los Prelados era general, el gobernador obligó á S. Hilario á que asistiese al de Oriente, y aun le proveyó de carruaje para la jornada. En ella le salió al encuentro cierta doncellita gentil, llamada Florencia, que habia dias tenia ardientes deseos de conocer al siervo de Dios, por las grandes cosas que de él publicaba la fama; y le pidió su bendicion. Recibióla el Santo con agrado; instruyóla, catequizóla, y la bautizó juntamente con su padre, y familia.

Luego que llegó á Seleucia, fué recibido de aquellos Prelados con testimonios de veneracion. Justificó plenamente á los obispos de las Galias, á quienes los Arrianos, fecundos siempre en calumnias, habian desacreditado como sospechosos de sabelianismo. Declamó despues contra los enemigos de la Divinidad de Jesucristo, acriminó su impiedad, confundió á los parciales del error, y al fin hizo triunfar la verdad. Atónita la herejía á vista de aquel héroe de la religion, se turbó sobre-

manera. Prosiguió la confusion, y el desórden con que habia comenzado el concilio. Y encendidos unos contra otros los Arrianos, y los semi-arrianos, se maltrataron recíprocamente con tanto furor, que al fin se rompió el concilio, y apelando al Emperador, corrieron á Constantinopla. Los diputados del conciliábulo de Rimini llegaron á la corte pocos dias despues, y se juntaron al partido de los Anómeos. Viendo nuestro Santo, que la parcialidad de los herejes iba á prevalecer, se presentó al Emperador con generosidad y con respeto: y despues de esponerle en pocas palabras los motivos que le habian impelido á tomarse la libertad de presentarle tambien su memorial, le pidió una conferencia pública, en la cual á presencia de su Majestad le fuese permitido disputar con los Arrianos. Mostróse Constancio muy inclinado á concedérsela; pero conociendo los herejes los superiores talentos de nuestro Santo, y no atreviéndose á medir sus armas con las de Hilario en presencia de testigos y de árbitros, discurrieron un expediente singular para salir de aquel pantano. Persuadieron al Emperador que le volviese á enviar á su Iglesia, pintándosele como á un hombre inquieto y sedicioso, que con su presencia turbaba todo el Oriente.

Esta nueva especie de destierro era tan grata como gloriosa á nuestro Santo, viéndose desterrado á su misma amada Iglesia por aquellos mismos que tan inicuamente le habian arrojado de ella. Pero como en el corazon de Hilario no prevalecia otro afecto que el de los intereses de Jesucristo, comprendiendo con la mayor penetracion los artificios de sus enemigos, soltó las riendas á su celo, viendo la malignidad con que era oprimida la religion. Declaróse, pues, abiertamente y con una grandeza de alma verdaderamente extraordinaria, contra un príncipe, que con el especioso nombre de cristiano echaba por tierra el fundamento del cristianismo, siendo enemigo de la Divinidad de Jesucristo. Inspiróle esta libertad el deseo del martirio, y el dolor de ver las Iglesias del Oriente presa infeliz de los herejes. Pero al fin fué preciso obedecer; y el generoso defensor de la fe tomó el camino de Poitiers, siendo recibido en todas partes como un glorioso defensor de Jesucristo, que volvía cargado de laureles, triunfante de la herejía. Salió al encuentro S. Martin, aquel que fué despues tan famoso en toda Francia, y que á la sazón estaba haciendo vida solitaria, y penitente en una isla de las costas de la Liguria. Sabiendo que Hilario pasaba por aquellas cercanias, dejó la soledad, y quiso acompañarle hasta Roma; desde allí le siguió á Poitiers, donde se hizo su discípulo.



Ya se deja discurrir con qué alegría, con qué triunfo, con qué veneracion seria recibido de sus ovejas aquel glorioso confesor de Jesucristo. Tambien Dios quiso honrar la feliz vuelta de nuestro Santo con algunos milagros que dieron mayor nombre á la reputacion de su eminente santidad. Viéndose pues restablecido en su silla, no se contentó con hacer que refloreciese en su diócesi la disciplina eclesiástica, la piedad y la pureza de las costumbres, visitándola toda personalmente. Estendióse su celo á las provincias vecinas, inficionadas del arrianismo, y persiguió la herejía hasta las mismas trincheras. Vuelto despues á su Iglesia, la gobernó en paz el resto de su vida, que solo fué de cinco ó de seis años, desde que se restituyó del destierro. Logró el consuelo de ver morir con olor de santidad á la única hija que habia tenido en su matrimonio antes de ser obispo, y la Iglesia de Poitiers celebra la fiesta de esta santa virgen el dia 13 de diciembre. En fin, despues de haber seguido con tanta gloria su penosa carrera, acabó con una muerte preciosa en los ojos del Señor el dia 13 de enero del año 368, á los catorce años de su obispado, y setenta y siete de su edad.

Dejónos S. Hilario muchas obras escelentes, que son muy estimadas y aplaudidas de todos los Santos Padres. Doce libros de la Trinidad, que comenzó el año de 356, y los acabó en su destierro. El tratado de los Síodos, que compuso tambien en el mismo destierro el año de 359. Tres escritos al emperador Constantio contra los Arrianos. Cuando volvió del Asia compuso un Tratado contra Ursacio y Valente, obispos arrianos, del cual solo nos han quedado algunos fragmentos: otro contra Aurencio, tambien arriano, obispo de Milan. Tenemos sus Comentarios sobre S. Mateo, y una parte de los que escribió sobre los Salmos. Es tambien autor de algunos himnos, y no falta quien le atribuya el *Gloria in excelsis*, y el himno que comienza, *Pange lingua gloriosi prælium certaminis*.

Desde el año inmediato á su muerte se comenzó á celebrar su fiesta en la Iglesia Galicana, y se trasladó al dia 14 de enero, por concurrir en el dia 13 la octava de la Epifanía. Conserváronse sus reliquias en Poitiers, donde eran reverenciadas de los fieles, hasta el año de 1562, en que fueron quemadas por la impiedad de los Hugonotes.

SAN EUFRASIO, OBISPO Y MARTIR.

EL imponderable beneficio que recibió España por S. Eufrasio, Torcuato, Ctesifont, Indalecio, Cecilio, Hesichio, y Segundo enviados á esta Península por los Príncipes del Colegio Apostólico con el laudable objeto de ilustrarla con la luz del Evangelio, en tiempo que se hallaba envuelta en las miserables sombras de la muerte; ha hecho que la nacion agradecida les tribute el culto, y la veneracion correspondiente en la serie dilatada de tantos siglos como corren desde los principios de la ley antigua hasta el presente. Siendo, pues, preciso, cuando se trata de cada uno de estos siete celosos operarios del Padre de familias, referir las actas que son comunes á todos hasta su separacion por diferentes pueblos de la Península, nos ha parecido conveniente para evitar una misma repeticion, remitir al lector al dia 13 de mayo, donde se trata del carácter de todos siete, de su mision á España por S. Pedro y S. Pablo, de su entrada en ella, de su llegada á Guadix, y del estupendo prodigio, que fué el motivo para que recibiese aquel pueblo la fe de Jesucristo.

Quedó S. Torcuato por Obispo de Guadix cuidando de aquella recién plantada iglesia, y dirigiéndose sus ilustres companeros por diferentes pueblos del reino á ejercer el destino de su mision apostólica, se presentó Eufrasio en Iliguri ciudad populosa por entonces de Andalucía, conocida hoy con el nombre de Andujar en el obispado de Jaen. Luego que entró en aquel pueblo se vió rodeado de un crecido número de gentiles: y habiendo recibido el don de lenguas (como se debe creer que era comun á los hombres apostólicos) habló á toda la muchedumbre con celosísima elocuencia sobre la risible vanidad de las mentidas deidades, haciéndoles palpable la imposibilidad de muchos dioses. Hizoles ver con energia la necesidad que tenian los hombres de creer, que no habia, ni podia haber mas que un solo Dios verdadero, y que éste era el Criador del cielo y de la tierra á quien reconocian por tal los Cristianos. en fin les esplicó con tanta elevacion, y claridad las verdades esenciales de nuestra religion, que convencidos muchos paganos de la santidad de la celestial doctrina que predicaba, cuya verdad confirmaba con no pocos prodigios, conociendo á su vista los crasos errores de la engañosa idolatría, abrazaron la fe, y pidieron el bautismo. Un suceso tan pronto como feliz encendió mas y mas el celo del ilustre operario del Padre de familias: y redoblando su infatigable fervor, congregó en breve tiempo un rebaño crecido para Jesucristo.